14 JUNIO. 93 — 1 pta
20

ÁNGEL DEL ARCO Y MOLINERO

EL REY MÁRTIR

(LEYENDA HEROICA)

GRANADA
Establecimiento Tipográfico del sucesor de D. Jerónimo Alonso.
Colegio Catalino, núm. 1.
1893

122242077

EL REY MÁRTIR

C
38
21(20)

R. 30111

ANGEL DEL ARCO Y MOLINERO

EL REY MÁRTIR

(LEYENDA HEROICA)

GRANADA
Establecimiento Tipográfico del sucesor de D. Jerónimo Alonso.
Colegio Catolino, núm. 1.
1893

Es propiedad del autor.

Al Ilmo. Sr.

Don José de Ramos López,

Abad de la insigne Iglesia Magistral del Sacro-Monte de Granada, Prelado doméstico de Su Santidad, Capellán de Honor y Predicador de S. M., Comendador de la Real Orden Militar portuguesa de Cristo, Caballero de la Real Orden de Carlos III, Comendador de la de Isabel la Católica, etcétera, etc.

En testimonio de consideración y afectuosa amistad.

El Autor.

EL REY MÁRTIR

(Leyenda heróica.)

I

España es goda. Leovigildo tiene
en sus manos las riendas del imperio
que el invicto poder de quince reyes
hizo fuerte, magnífico y extenso.
La raza vírgen que pobló las selvas
árbitra ya de tronos y de reinos,
desde el Bétis al Tíber dicta leyes
su voluntad despótica imponiendo.
El pedestal de la potente Roma
carcomido en sus sólidos cimientos,
se hundió en el fondo de las siete cimas
al golpe rudo del normando fiero.

Extremecióse el alto Capitolio,
se agitaron sus ídolos soberbios,
y huyeron las olímpicas deidades
como extraña visión que azota el viento.
Falseando en sus trípodes de oro
rodaron las sibylas con estrépito,
oprimiendo con mano convulsiva
sus falsos libros, á la ciencia ajenos.
El genio del terror batió sus alas;
Jano cerró las puertas de su templo,
y el trono de los Césares paganos
en el polvo cayó pedazos hecho.
La púrpura imperial, antes augusta,
rota en girones sin ningún respeto,
como rico botín fué repartida
entre los bravos hijos del desierto....
que espoleando los soberbios potros,
ébrios de sangre, de venganza ciegos,
el territorio de la vieja Europa
bajo su férreo yugo sometieron.
Roma pagó sus crímenes: Rendida
por su propio placer, falta de alientos,
al apurar la copa de los vicios
sintió el dogal que esclavizó su cuello....
Y las musas del Lacio entristecidas
aquel desastre de la pátria viendo,
las roncas liras con dolor pulsaron,
para llorar la ruina del imperio.

II

El último rincón de Galiléa,
la hermosa Nazaret, bendito suelo,
fué de la santa Redención cristiana
sagrada cuna, venerado templo.
Allí el Justo nació: Las mansas brisas
de los risueños valles nazarenos
orearon su frente, combatida
por los rigores de su sol expléndido....
Sus lábios pudorosos, consagrados
de su bendita madre por los besos,
pronunciaron allí las profesias
inspiración sublime de los cielos.
Roma tembló: Las brisas de Judéa
al agitar del Líbano los cedros
llevaron el rumor de sus verdades
al trono de los Césares egregios.
El pueblo ingrato desató sus iras
sobre su Redentor, escarneciéndolo,
y le arrastró hasta el Gólgota, juzgando
enemigo al que fué manso cordero.
Murió el Justo en la cruz: Desde el Calvario
corrió la sangre al mundo redimiendo;
hundióse la impiedad, y el cristianismo
se alzó sobre las ruinas de sus templos.

Las áuras del Oriente, saturadas
de suaves perfumes y de incienso,
llevaron en sus alas fugitivas
por el orbe la luz del Evangélio.
La sangre de los mártires cristianos
sobre la España gótica cayendo,
hizo nacer Leandros é Isidoros
de las nuevas doctrinas misioneros,
que al soberano impulso de su labio,
fijo en Dios el sublime pensamiento,
hicieron vacilar al arrianismo
y sus falsas verdades destruyeron.
Ciego de ira alzóse Leovigildo
contra la santa Religión, creyendo
erróneas sus altísimas verdades,
falsos sus sacratísimos misterios.
Al golpe de sus bárbaros verdugos
millares de cristianos sucumbieron;
pero la noble sangre de los mártires
al derramarse fecundando el suelo,
hizo brotar los gérmenes divinos
de las santas doctrinas del Maestro.
Dos hermanos, Leandro é Isidoro,
atletas de la fe, santos, proféticos,
consiguieron llevar la luz divina
al corazón de un príncipe discreto.
Fué Hermenegildo: Del Jordán las aguas
sobre su frente púdica cayendo,

le hicieron adjurar del arrianismo
y aceptar los católicos misterios.
Leovigildo tembló; la rebeldía
de Hermenegildo ahogó sus sentimientos
y arrebatóle el trono de Sevilla
que le cediera con amor intenso.
Odio mortal juró al catolicismo;
su amor de padre se apagó en el pecho,
y maldiciendo al príncipe cristiano
le impuso riguroso cautiverio.
Dios escuchó la maldición del padre
contra el hijo leal, prudente y bueno,
y le envió por premio de sus cuitas
su bendición divina desde el cielo.

III

Las góticas agujas se destacan
sobre el diáfano azul del firmamento,
y al tibio rayo de la blanca luna
dibujan sus siluetas como espectros
que están velando á la ciudad del Bétis
mientras duerme tranquila: manso y lento
arrastra el Bétis su raudal sonoro
al pie de los alcázares esbeltos,
y solo turban el silencio mudo
el rumor de las aguas y del viento,

al besar murmurando las orillas
ó al chocar en los muros gigantescos.
De vez en cuando el ronco centinela
de las altas murallas lanza trémulo
su destemplada voz, y en los remansos
del caudaloso rio los barqueros
ensayan sus sentidas cantilenas
al compás reposado de los remos.
Es media noche. El viento, que se agita
con creciente rumor, repite el eco
de sorda tempestad: la blanca luna
oculta lentamente sus destellos
tras girones de nubes que la envuelven
por el viento impelidas; ruge el trueno
infundiendo terror; de los relámpagos
el cárdeno fulgor espanta al cuervo,
y buscando su nido las alondras
dejan el Bétis avivando el vuelo.
El huracán que choca en las ojivas
bate sus alas con silvido horrendo,
destrozando las cúpulas esbeltas,
las torres bizantinas de los templos,
los remates, las altas vidrieras,
las cornisas, florones y grutescos.
Ronco el Bétis azota las orillas
montes de espuma levantando al cielo;
como fragor horrible de metralla
la tempestad aturde el firmamento,

y parece que Dios, Rey de los mundos,
alguno quiere obrar de sus misterios.

IV

Fijos los ojos en el ancho espacio
cuya luz se destaca entre los hierros
de su prisión; postrado de rodillas,
ambas manos cruzadas sobre el pecho
y oprimiendo una cruz, Hermenegildo
eleva á Dios su noble pensamiento.
Entreabiertos los labios, contraídos
por la sublime inspiración del rezo,
de sus ojos brotándole las lágrimas
que le escaldan el rostro macilento,
pide fuerzas al Todopoderoso
para su noble espíritu: su cuerpo
no puede ya sufrir el rudo embate
del rigor paternal. Giró en silencio
de su prisión la puerta, y Veremundo,
obispo arriano, penetró en su encierro.
Estremecióse al verlo Hermenegildo;
bajó los ojos, ocultó en su pecho
la cruz que entre las manos sostenia,
y con acento celestial, profético,
dijo al obispo:
—¿Vienes á ofrecerme

la libertad y el trono? ¡no los quiero!
Libre vive mi espíritu gozando
con el dogma católico... ¡en él creo!—
Veremundo exclamó:
—Tu noble padre
quiere que adjures de tu error funesto;
vuelve á tu antigua fe; si así lo hicieres
tuyo será su amor, tuyo su reino!—
—Amor, tengo el de Dios! Reino, la gloria,
más hermoso, más grande que su imperio!—
—El cetro te dará.—
—La cruz divina
que oprimo entre mis manos es mi cetro!—
—Piensa que el mando de la España goda
irá con la corona á Recaredo.—
—Yo tendré la corona del martirio
cuando él ordene desgarrar mi cuerpo.
Pero de cada gota de mi sangre
brotará un defensor del Evangélio,
y el pueblo abrazará el catolicismo
y minarán el trono sus prosélitos.—
—Ciego! amenazas á tu noble padre!
Es funesto tu error, vano tu empeño.
Su imperio es poderoso; España es goda
desde las altas Galias al Estrecho;
el romano le tiembla; su corona
impone vasallages y respetos,
y para más ennoblecer el trono

quiere llevarlo á la inmortal Toledo.
Abandona tu error; la iglesia arriana
celebrará mañana sus misterios;
la confesión recibe de mis manos
y cobrarás tu codiciado reino.—
—Yo condeno tus torpes heregías;
déjame, Veremundo; te desprecio!—
—¿No temes el enojo de tu padre?—
—Tengo en Dios esperanza! no lo temo!—
Abandonó la estancia Veremundo
dejando solo al noble prisionero;
y á Leovigildo que aguardaba ansioso,
con labio balbuciente narró el hecho.
Tintos en sangre los brillantes ojos
escuchólo el monarca; ahogó un momento
su amor de padre, y con nerviosa mano
la sentencia fatal firmó colérico.

V

La tempestad arrecia. No se oye
más que la lluvia y el fragor del trueno.
Ronca y turbia del Bétis la corriente
hace temblar los sólidos cimientos
de la gigante torre donde espera
su triste fin el regio prisionero.
La luz de los relámpagos alumbra
de vez en cuando el mísero aposento,

y el viento huracanado, penetrando
con agudo silbido entre los hierros
llega á enjugar del noble Hermenegildo
el triste rostro de sudor cubierto.

Gira otra vez la puerta, y seis esbirros
que penetran de pronto en el encierro
hacen temblar al príncipe cautivo;
son verdugos al mando de Sisberto.

Sus torpes ojos brillan en la sombra
con extraño fulgor; ruines, siniestros,
se complacen del príncipe cristiano
observando el profundo abatimiento.

Cada suspiro de la pobre víctima
les arranca la risa con estrépito:
¡Carcajada salvaje del esclavo
que ve rendido á su señor y dueño!

Sisberto avanza y muestra un pergamino
que oprime furibundo entre sus dedos:
—Hé aquí la orden, príncipe—le dice—
que me obliga á ejercer mi ministerio:
¿Quereis leerla? en ella se dispone
que por última vez se os haga el ruego
de abrazar nuevamente el arrianismo:
vuestro padre lo manda; yo obedezco.—
—Soy católico! dijo Hermenegildo
con divina emoción, con firme acento;
cumple, Sisberto, la fatal sentencia;
yo no temo la muerte; la deseo!—

Riéronse los cínicos verdugos
sus tajantes cuchillas oprimiendo,
y brillaron sus ojos de chacales
con sed de sangre y resplandor colérico.
Cesó la risa; el mísero cautivo
sin lanzar una queja dobló el cuello,
y cayendo de un golpe la cuchilla
la cabeza del mártir rodó al suelo.

. . . . . .

Un trueno horrible que aturdió el espacio
con su fragor la tierra extremeciendo,
hizo huir á los bárbaros esbirros
trémulos de terror, mudos de miedo.
Es que Naturaleza protestaba
con sus gritos de crímen tan horrendo;
es que la voz del cielo maldecía
al parricida vil, al rey soberbio.

. . . . . .

La sangre de la víctima formando
una nube impalpable, un vapor célico,
le elevó lentamente en el espacio
hasta las puertas del bendito reino.
Era que en alas de la fe divina,
abandonando el deleznable cuerpo,
ceñida la corona del martirio
su espíritu inmortal volaba al cielo.

VI

Venció el catolicismo. Del rey mártir
los altos vaticinios se cumplieron:
él sucumbiendo por la fe divina
dió la victoria con su noble ejemplo.
No era pasado un año, y Leovigildo
presa del más cruel remordimiento,
rendido al peso de su propio crímen
pagó el delito en miserable lecho.
Con el último aliento del tirano
dió el arrianismo su postrer aliento,
y Recaredo al ocupar el trono
lleno de gloria en la imperial Toledo,
haciéndose católico declara
su santa Religión dogma del reino.
Glorioso fué su siglo. Sobre España
sus altos dones derramó el Supremo:
Las ciencias y las letras protegidas
por el sabio monarca Recaredo,
al mundo dieron obras admirables,
asombro de otros siglos venideros.
San Isidoro deja sus escritos
síntesis de la ciencia de su tiempo;
San Bráulio, San Eugenio y Florentina
causan encanto con sus dulces versos;

San Ildefonso, el docto Biclarense,
Orosio, San Julián y San Valério
dejan tesoros en sus grandes libros
de Elocuencia y de Historia.... El orbe entero
admiró de las ciencias españolas
y de las nobles artes los progresos.

La religión católica y divina
es luminoso faro de los pueblos...
Dios, que reparte premios y castigos,
hunde reinados y levanta imperios.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Hojas y Flores, poesías.
Andrea, pequeña novela.
La algarada de Lucena, leyenda histórica.
Conciliación, poema (segunda edición.)
La Reconquista de Málaga, canto épico.
Romancero de Granada.
Los Peritos calígrafos y el Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, en los Tribunales de Justicia.
Artistas granadinos de los siglos XVI al XIX.
Estudio biográfico del Cardenal Belluga, premiado en el Certámen de Murcia en 1891.
Juana la Violetera, novela original.
Solo para hombres, comedia en un acto.
Lope de Vega, su vida y sus obras.
Totum revolutum, artículos y poesías.
Siluetas granadinas. (Biografías de escritores ilustres de Granada.)
El Rey mártir, leyenda heróica.

INÉDITAS.

Reseña histórico-genealógica de los conquistadores de Granada, premiada con 500 pesetas en concurso público por la Real Maestranza de Granada.
Biblioteca de escritores granadinos.

ANGEL DEL ARCO Y MOLINERO
ABOGADO
GRANADA.

Sr. D. Elías Pelayo y Zomir

Muy Sr. mío, de toda mi consideración: Habiendo publicado un poema religioso titulado "El Rey Martir" cuyo asunto es el martirio de San Hermenegildo, con dedicatoria al Ilmo. Sr. Abad del Sacromonte, me permito rogarle V., amparado en el nombre de tan ilustrado maestro, que se dig

me aceptar el ejemplar ad
junto, cuyo precio es bas
tante moderado.

En la creencia de que
aceptará mi libro, dadas
las singulares dotes de
ilustracion, que á V. ador
nan, le anticipo las gra
cias y quedo como suscas

affmo SS.
Q. B. S. M.
Angel del Arco